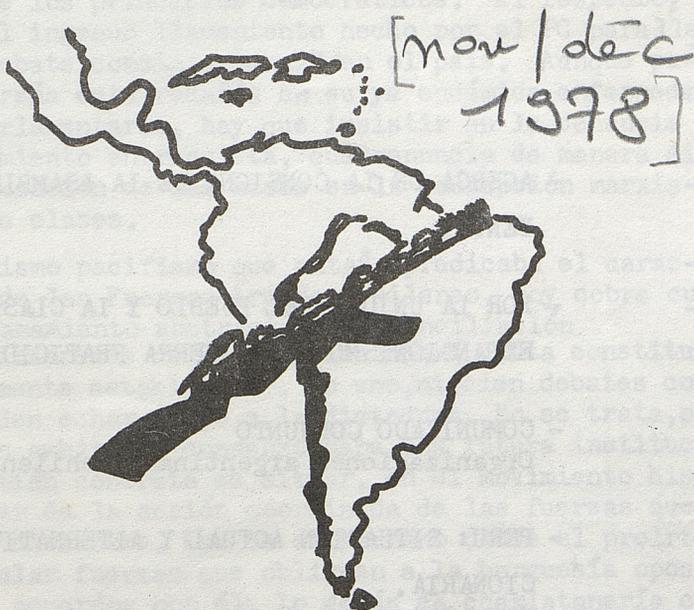


CHILE LUCHA



CHILE: LA CONSIGNA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE



«EDICION SUECA»
PRECIO 3 kr

ORGANO OFICIAL
ORGANIZACION DEL TERCER CONGRESO
JUVENTUD RADICAL REVOLUCIONARIA
DE CHILE

4 P 10330

SUMARIO



- ACERCA DE LA CONSIGNA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.
Pág... 3
- POR LA UNIDAD DEL PUEBLO Y LA CLASE CONTRA EL EXPANSIONISMO Y LA GUERRA FRATICIDA.
Pág... 13
- COMUNICADO CONJUNTO
Organizaciones argentinas y chilena
Pág... 23
- PERU: SITUACION ACTUAL Y ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA.
Juan Quispe
Pág... 26
- EN LA SAIA DE LA MUTUALITE
Acto de solidaridad con los pueblos de latinoamerica. PS - CNR, MAPU - PT, JRR - TC, PCR
Pág... 35

NOV-DIC
1978

Acerca de la Consigna de la Asamblea Constituyente.

Con motivo de la instalación de la denominada "Comisión de los 24", destinada a estudiar las bases de la nueva institucionalidad del país y como resultado de sus declaradas intenciones de elaborar un proyecto de Estatuto Constitucional alterno al propuesto por la dictadura, a través de la Comisión que presidiera Ortúzar, renace en vastos sectores de la izquierda chilena, una suerte de confianza mágica en las bondades y eficacia de los principios democráticos. Al respecto, ilustrativo es el ingenuo llamamiento hecho por el PC para nadie sea extraña esta recaída en su ya endémica enfermedad de cretinismo parlamentario, hay que insistir en la denuncia de este comportamiento entreguista, que renuncia de manera sistemática a la educación de las masas en la concepción marxista de la lucha de clases.

Este es el mismo pacifismo que antaño predicaba el carácter excepcional de las Fuerzas Armadas chilenas. Hoy cobra cuerpo, en este llamamiento abstracto a la conciliación armónica de los intereses declase en una nueva Carta constitucional "democráticamente establecida". No uno, ni cien debates constitucionales pueden echar abajo a la dictadura. No se trata, por tanto, de crear un ámbito de consenso para una futura institucionalidad. La cuestión concreta es situar, en el movimiento histórico real, el lugar de la acción coordinada de las fuerzas que luchan contra la dictadura. Ese es el terreno donde el proltrariado puede acumular fuerzas que obliguen a la burguesía opositora a concretar acuerdos con él. Lo demás es charlatanería con tumaz.

En estas apreciaciones coinciden, en general, todos los sectores de la Convergencia Revolucionaria. Tímidamente, el MIR también lo hace. Pero, las razones y el sentido en que se coincide no son exactamente idénticos. La mayoría de la llamada izquierda revolucionaria rechaza esta línea táctica porque considera que las contradicciones en el bloque dominante no tienen sino una importancia muy relativa. Porque es el empuje de un movimiento de masas en ascenso lo que hace tambalearse a la dictadura y obliga a la burguesía recambista a fingirse democrática.

Sólo una minoría de la corriente revolucionaria rechaza estos esquemas simplificadores, que se mantienen en el plano abstracto, como una mera defensa de los principios amenazados

por el oportunismo, pero que resultan incapaces de sobrepasar el campo de la propaganda y situarse en el de la organización política de la clase. Nuestra opinión y las líneas de acción que de ella se desprenden, se identifican con este rechazo y buscan diferenciarse de tales posiciones.

Esta necesaria diferenciación no importa romper la búsqueda de unidad de los sectores de la Convergencia. Antes bien, se ubica precisamente en el terreno de afirmar las condiciones ineludibles para su fortalecimiento. Sin una profunda confrontación de las concepciones estratégico-organizativas, no hay bases reales para la unidad de los revolucionarios. Y, ello, por razones en las cuales hemos sido -permanetemente- muy explícitos. La Convergencia tiene sentido y potencia la organización y acción de los revolucionarios, en la medida que implique magnitudes políticas que estén desarrollando realmente en el cuerpo social. Las distintas propuestas de este campo tendencial detectan múltiples coincidencias en los principios programáticos y organizativos. Sin embargo, no es raro que estas coincidencias expresen más bien referencia a tópicos comunes, antes que bases reales, de contenido unívoco, para la estructuración de la vanguardia revolucionaria. Esto nos lleva a pensar que existe un encuentro en la negación y no una identidad en la afirmación. No se quiere decir con ello que el proceso de convergencia no daba impulsarse. Al contrario. Es y sigue siendo una tarea permanente; pero, no puede ser emprendida a costa de ocultar diferencias, parchar entendimientos protocolares que no sean herramientas efectivas de lucha o, de un debilitamiento prematuro de la riqueza del propio proceso en sí. Y todo ello, nada tiene que ver con un frívolo -y cómplice- encandilamiento por la dispersión.

Por todo ello, el debate sobre la táctica del periodo constituye una exigencia insoslayable para los factores de la convergencia. Debate que debe ser situado en el terreno del desarrollo de las coincidencias, mediante la valoración de la función probatoria - o desaprobatoria - que asume la práctica frente a las distintas proposiciones que se señalan y afirman como correctas. Será, precisamente, ese debate el que permitirá, por lo demás, comprobar si el marco organizativo señalado es suficiente. Pudiera resultar que, a pesar de no lograrse un entendimiento táctico pleno, sea posible plasmar mediaciones superiores; pero, siempre y cuando la misma experiencia nos eduque prácticamente en el centralismo democrático, base organizativa esencial para el desarrollo y ejecución históricas de una política revolucionaria del proletariado.

Esta cuestión obliga a situar con exactitud las bases de nuestra visión táctica. Esto es, sus fundamentos orgánicos en la formación económico-social chilena.

Para ello, reiteramos la caracterización que hacemos de la misma, al tipificarla de un régimen capitalista que se articula al sistema mundial imperialista en forma dependiente. La especificidad de esa articulación es irreductible a las visiones que identifican la dominación imperialista con una determinación puramente voluntarista capaz de hacer y deshacer según lo determine el centro. El capitalismo chileno expresa, en sí, el choque de las tendencias que desarrolla la creciente concentración y centralización del capitalismo financiero a escala mundial; expresión del nuevo nivel alcanzado por la socialización de las fuerzas productivas en las condiciones de la fase imperialista.

Esta choque no asume en la actualidad, necesariamente, las formas clásicas identificadas en el pasado por las ciencias sociales. Los capitales imperialista no tienen nacionalidades específicas, aunque la predominancia hegemónica del capital norteamericano siga siendo una realidad; tampoco tienen su sede exclusiva o preferencial en los sectores primarios exportadores. De modo paulatino, se apropian de los sectores más dinámicos de la industria presuntamente nacional.

De otra parte, a consecuencia de las corrientes que siguen los flujos de capitales, entre los países capitalistas más desarrolladas, las posibilidades de acumulación quedan reducidas, exclusivamente, al incremento de la tasa de plusvalía interna. Esta situación, en medio de las persistentes manifestaciones de crisis del sistema capitalista, generó en nuestro país un ascenso culitativo de las luchas obreras que no sólo demostró el agotamiento de la anterior base acumulativa, sino que, incluso, llegó a cuestionar toda la estructura de dominación capitalista.

En este contexto, las contradicciones interburguesas reflejaban no únicamente la progresiva extensión alcanzada por la crisis y, con ello, el desacuerdo sobre las bases de una salida, sino también la pugna abierta por la hegemonía.

En las condiciones políticas del gobierno freísta y ante el potencial social que la frustración de su proyecto de desarrollo activaba, semejante contradicción abría - sin duda alguna - una brecha en la defensa del orden burgués que un movimiento popular avizor podía utilizar con la perspectiva de acumular fuerza social revolucionaria. El hecho que esta brecha



haya sido utilizada por la corriente reformista del movimiento obrero, no cambia, en absoluto, este aspecto del problema.

Sin embargo, fue la emergencia de ese movimiento popular -que comprendía a franjas significativas de la clase-, que con su radicalismo político desbordaba el marco programático del reformismo obrero, el factor que favoreció el proceso de reunificación política de la burguesía. Ese proceso, por cierto, no fue fácil. La derrota de 1970, en absoluto, puede ser señalada como un error de cálculo. Los personajes burgueses estaban conscientes del riesgo que corrían. Pero, la superación de las diferencias existentes comprometía puntos que -en ese momento- no podían resolver. Casi dos años demoró el logro de un consenso mínimo aceptable para ambas fracciones burguesas. Y, ello, no porque la Democracia Cristiana estuviese interesada en preservar la democracia, tal como gustan presentar la situación sus propagandistas; o, sus gratuitos aliados actuales. Ambos, interesados en hacernos creer que la D.C., ante la irracionalidad de un gobierno ensoberbecido, debió abrir las compuertas a una represión.

NADA DE ESO. La D.C. era consciente de lo que venía. Si demoró tanto tiempo en inclinarse por la contrarrevolución, abierta y violenta, fue porque estaba interesada en amarrar al gobierno de la UP ganando así, tiempo y fuerzas, en provecho de sus intereses en la pugna hegemónica de las clases dominantes. Incapaz de frenar el accionar independiente de las masas obreras y populares, la D.C. se vió presionada a acentuar su acción por derrocar al gobierno de Allende, buscando desarmar a este peligroso enemigo que se aprovechaba de las fisuras en el bloque dominante. El consenso en materia de la naturaleza y magnitud de la represión que se aplicaría nunca fue un factor esencial en la división del bloque dominante. Lo decisivo, lo que en realidad los separaba era el centro hegemónico y, por lo mismo, el proyecto futuro de reconstrucción social. O, lo que es lo mismo, bajo qué caracteres yacentos se superaba la crisis de acumulación existente.

No se puede decir que la D.C. estuviese totalmente engañada acerca de las intenciones y sus aliados de clase. En ello sus responsabilidades son idénticas. Sí, lo que llegó a comprender fue el grado en que se debilitaría ella misma, por la represión del movimiento popular y la proscripción política de las organizaciones de izquierda.

Desaparecidas las bases políticas que habían hecho posible su política de maniobras, se enfrentaba a la necesidad de resolver la pugna hegemónica con una base social de movilización muy estrecha; esto es, prácticamente sin terreno desde donde operar. Ante el enorme despliegue de fuerzas realizado por la dictadura, la D.C. tenía sólo dos posibilidades: sea, aceptar un rol subordinado en la construcción de nuevas bases para la dominación, esto es, la reformulación del estado; o, sea, desalojar a su adversario del terreno.

Esta última línea de acción -prevalciente en el freísmo-desde que advirtió el ningún interés de la Junta Militar -a la que tan entusiasta, decidida y "patrióticamente" había apoyado- por abandonar en forma voluntaria o dentro de un marco prudencial el escenariopolítico, le obliga a desarrollar una acción expansiva hacia su base social y, eventualmente, a ciertos sectores más o menos asimilables a su línea política.

Por cierto, esta línea no ha tenido un desarrollo muy coherente. En sus inicios, fue muy vacilante, ya que extensos sectores de la D.C. eran renuentes a renovar los fraccionamientos del bloque dominante; en especial, por los peligros que venían de pasar. Otro factor que incide en esta ambigüedad es la carencia de fuerzas militares propias, decisivas para resolver la pugna ante un adversario que conoce -casi por definición- el arte de utilizar estos medios en la resolución de los encuentros. Sin esta fuerza, el freísmo y el conjunto de la D.C. son altamente dependientes del apoyo real que encuentre su proyecto de recambio en el ámbito de los EEUU. Sólo su apoyo, realmente significativo, puede tenderle a la D.C. un puente hacia sectores de las Fuerzas Armadas y, particularmente, hacia el Ejército. Si éste no se da, la dictadura puede enfrentar varias crisis sin caer. La concurrencia de ambas circunstancias explican con bastante exactitud los límites objetivos del programa democratizador de la burguesía recambista. Mezquinos y restrictivos, incluso en relación a otros proyectos similares en el continente. Asimismo, demuestra la insensata puerilidad del reformismo.

El famoso, manido y fementido frente antifascista^{cto}, cada vez más lejos de concretarse. A este distanciamiento contribuye, en especial, la presurosa rapidez con que la UP -sobre todo sus componentes fundamentales- intenta factibilizar el acuerdo por medio de la reducción de sus demandas. En suma, el proceso de lucha por una democracia que proclama la U.P., asume - en términos crecientes- forma de una farsa que sería hasta cómica si se considerase sólo la afectada seriedad con que estos izquierdistas asumen sus grotescos papeles; pero, profundamente dramática por el engaño al pueblo que conlleva.



Los Long Alessandri, Silva Ulloa, Orlandini, Quinzi, Pereira o Espinozas que han corrido tras la D.C. no expresan programáticamente los intereses del pueblo al integrarse a la "comisión

de los 24". Pero, demuestran habilidad e inteligencia al saber aprovechar ciertos espacios políticos. A su vez, escultores de la izquierda revolucionaria se comportan ciegamente. Se limitan a pronosticar los resultados que traerán aparejados estos desplazamientos. No entienden, ni quieren entender, que el tiempo ha comenzado a correr en contra nuestra. La burguesía recambista está operando un proceso de composición de fuerza política; adrupa con ella a vastos sectores sociales y trasciende, incluso, los límites de influencia de la propia D.C. Por cirto, no postu-
lamos solicitar, mendicantemente, nuestra inclusión en ese frente tras una democracia restringida. No pretendemos repetir la actitud de los dirigentes y exégetas de la U.P. que, públicamente, ruegan y se desgañitan por ser admitidos o en componendas secretas o en compromisos a espalda del pueblo.

Asumir la situación táctica sobre la base de reconocer la realidad del reagrupamiento social que se opera bajo la consigna de la Asamblea Constituyente es cuestión absolutamente esencial para acumular fuerzas y lograr construir, en los hechos, la independencia política de la clase obrera y el pueblo. Porque no se trata de proclamar estas necesidades como verdades eternas. Lo repetimos. Tampoco, rendir culto al fetiche democrático. Se trata de integrarse a la coyuntura. Asumir las reivindicaciones democráticas de las masas obreras y populares, bastante más amplias que el muestrario de demandas presentado por el reformismo. Y, naturalmente, que los arretos democratizadores de la D. C. .

El objetivo de la consigna de la Asamblea Constituyente no es el establecimiento de un foro donde se sienten los representantes de la burguesía -incluidos los sectores "democraticos", los "duros" y los "aperturistas" que los analistas de la UP distinguen en la dictadura- y del pueblo para arbitrar consensualmente lo que deba ser el país en el futuro. El que piense eso, no hace sino traicionar los intereses revolucionarios del proletariado. El objeto es aprovechar este desplazamiento social, este movimiento por redemocratizar la vida política que comienza a emerger en lo profundo de la sociedad chilena, para establecer una correlación y una situación de fuerzas que garanticen en los

hechos la independencia política del proletariado. Se trata, con ello, de aprovechar los avances para desplegar nuestra línea en la agitación y propaganda de las tareas revolucionarias, sobre la base del fortalecimiento de la organización clandestina del pueblo. Al tiempo, aducir a las masas en la necesidad de mantener la resistencia, previniéndolas de los riesgos del triunfalismo cortoplacista o de los intentos por restringir la importancia y significado de las formas ilegales y clandestinas de lucha.



Otro aspecto es la dirección táctica de estos combates, el evitar que se comprometan las fuerzas en operaciones de descubierta, el comprender que el enemigo contraataca de manera continua. Medidas como la ilegalización de las organizaciones sindicales son hechos que no se deben olvidar. También es significativo considerar una política de autodefensa que contenga los golpes represivos directos de la dictadura; asimismo, las naturales e inevitables vacilaciones de las fuerzas que se despliegan y, en particular, de la D.C. Educar a las masas en la conciencia de la inestabilidad de estos acompañantes es algo permanente. Hay que enseñales a desconfiar de estos "amigos". Demostrarles, a la luz de sus experiencias concretas, las inconsecuencias y sus tendencias a comprometerse con el enemigo, frontal y directamente.

Son, a nuestro juicio, los requerimientos centrales de nuestro accionar inmediato. La D.C. intenta mantener lo que denomina "reagrupamiento del pueblo chileno" como un movimiento de opinión, de estructura un tanto débil. Simultáneamente, no está interesada en estructurar un poderoso movimiento sindical. Por ello, a pesar de lo restringido que eran, todavía, las posibilidades de la Coordinadora Sindical, expulsó a los dirigentes que aprobaron o apoyaron tal iniciativa. Sin embargo, en contra de su voluntad, y con el objeto de mediatizarlos, se ven obligados a reconocer y legitimar políticamente ciertas formas de asociación. Un ejemplo que tal vez pase desapercibido. La Revista HOY comienza a agrupar a sus lectores. Esta es una tarea mínima que, so pretexto indirecto de anular la prohibición de desarrollar actividades políticas impuestas por la dictadura, hace evidente que el medio organizativo es coherente con sus propósitos de subordinar al pueblo y de entorpecer su reorganización política. De allí que opte por medios colaterales, que desvinculan al individuo de su clase; y que no alcanza, en

realidad, a los sectores mayoritarios de la clase obrera. Sin embargo, en una posibilidad tan incompleta como ésta, organiza a sectores intelectuales que -en pueblos pequeños particularmente- tienen bastante importancia.

Así, se demuestra la vocación hegemónica de la D.C. y su comprensión de las condiciones reales de lucha existentes. No se trata, con todo, de amoldarse a todas estas formas de acción. Ellas deben ser cuidadosamente analizadas e integradas a una línea de construcción de fuerza política y social. Tal es el criterio con el cual deben discernirse las opciones que se elijan, pero, orientadas por el objetivo central del período: derrocar a la dictadura.

La Asamblea Constituyente puede devenir, en el curso de la lucha, una salida adecuada para la crisis del régimen. Pero, no es la salida de la clase obrera y del pueblo. Menos aún resulta ligada, absolutamente, a la política de los revolucionarios. Será la situación de fuerzas existentes la que determine, en su oportunidad, si esa participación sería o no aceptable. Lo que importa, y actualmente importa, es la comprensión de la situación concreta en todos sus rasgos, sus posibilidades y limitaciones objetivas.

Al respecto, es imperioso señalar que no pueden analizarse los alcances de la presente conformación táctica de la situación política nacional como una materialización caprichosa-y, por lo mismo, subjetivamente prescindible por un sólo acto de voluntad- de las distintas fracciones burguesas. Sus contradicciones tienen reigambres orgánicas; esto es, en la estructura de clases de la sociedad chilena pero cuya determinación no es nunca exclusiva ni siempre necesariamente económica.

Sin esa perspectiva, resultan enteramente imposibles de ser entendidas las características de un período táctico que enfrenta -no de manera abierta y generalizada- a dos fracciones burguesas.

La dictadura tiene ante sí a un adversario muy distinto de los anteriores. En primer lugar, éste penetra y encuentra receptividad social y política, donde sus anteriores enemigos no la tenían; o sea, en su propia base social de apoyo. Seguidamente, dada esta característica, la dictadura no puede ejercer una política represiva idéntica, basada en el terror, como antes lo hizo; sino, dispone de otros medios -no menos eficaces- pero que permiten a este adversario sostenerse durante más largo tiempo; íntimamente relacionado con el hecho que el caso Letelier ha entorpecido de manera notable las posibles acciones de uno de sus instrumentos de represión, la CNI-ex

in
i-
u-
su
No
s
l
e
í-
la
,
re
nā
i-
ta
ón
a-
se
a-
y,
de
c-
ón
e
o-
de
re-
s
gui
er
co-
efi
nte
el
s
x

exDINA. En tercer término, este adversario dispone de una ventaja que no dispusieron, tampoco, sus anteriores antagonistas. Está en condiciones de preparar, elegir y utilizar su terreno de enfrentamiento. Dispone de un margen de iniciativa considerable para golpear y replegarse. El debate institucional se presenta como un medio en el cual la dictadura se sitúa -al menos en esta fase táctica- en la defensiva. Esto debe ser examinado cuidadosamente, porque la dictadura ya demostró en el pasado que tiene capacidad para golpear con oportunidad y sorpresa. El proyecto de la D.C. dá la ventaja de ser muy lento en su organización y puede ser vencido antes de completar su reorganización. Por último, señalemos que un cuarto factor que distingue la presente situación es la relativa expansión de las fuerzas en el territorio. Toda la acción represiva de la dictadura se centró en el principio de golpear, silenciosamente, a sectores minoritarios, con una localización estricta y que a la larga, sólo podría romperse individualmente. Ahora se enfrenta a un adversario que comienza a agrupar todas las fuerzas del descontento; desde el norte al sur del país; que, además, por las particulares formas de acción no puede ser golpeado en forma simultánea y que presenta una capacidad de regeneración más o menos rápida.

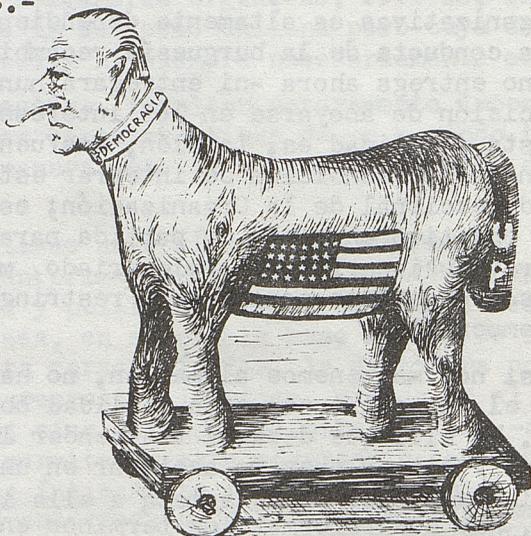
Ninguno de estos factores, por sí sólo o en su conjunto, bastan para derrocar a la dictadura: pero, hacen bastante difícil que ella resuelva en forma brece tal contradicción. El factor en que puede apoyarse la política revolucionaria del proletariado puede, entonces, tener mucha continuidad en el tiempo y el espacio; pero, dada la debilidad de sus bases político-organizativas es altamente dependiente -en estos momentos- de la conducta de la burguesía recambista que divide al pueblo y no entrega ahora -ni entregará nunca- seguridad sobre su decisión de apoyarse en los intereses democraticos del pueblo. Esta debilidad es, también, una fuente de fortalecimiento potencial. A condición de integrar este sentido común en la línea direccional de la Organización; esto es, convertir el factor objetivo en punto de partida para la formulación del programa revolucionario del proletariado, mediante la superación de esos objetivos parciales y restringidos de la lucha popular democrática.

Pero, si nos mantenemos al margen, no hay superación posible. Sólo el encuentro con esta realidad objetiva nos conduce a aquella. De allí que debemos trascender los límites propagandísticos y situar nuestro accionar en una línea que, reconociendo la realidad, no se someta a ella ineluctablemente. Para ello, hay que reformar los términos en que se concibe la

la consigna de la Asamblea Constituyente. La ideología burguesa tiende permanentemente, a presentarnosla en forma de una solución mágica. Este hecho, no lo aceptamos. Nuestro deber es revelarnos, reactivar sobre este cerco ideológico y señalar que no hay asamblea constituyente posible sin la conversión del descontento en fuerza social organizada. Por ello mismo, es que la política democristiana -y su pálido reflejo, el Frente Antifascista- no conduce al derrocamiento de la dictadura pues renuncian, entre otras cosas, a la creación de su fuerza militar propia. Esto, es coherente y normal, en un programa burgués que, obvio, no se plantea la destrucción del estado burgués. En las distintas variantes del oportunismo es lógico en la medida que sólo reconoce de palabra la dictadura del proletariado. Una estrategia que se asiente en ese eje no puede aludir la cuestión de desarrollar sus propias fuerzas militares y, por eso mismo, la Asamblea Constituyente puede ser sólo un lineamiento táctico subordinado a ese cuerpo central que es la destrucción violenta del estado burgués mediante el aniquilamiento de sus bases militares, las Fuerzas Armadas.

No hay, entonces, separación posible entre el comportamiento táctico durante este período de lucha, que exige apoyarse en las condiciones generales de enfrentamiento de las clases y la línea estratégica. Pero, si no logramos producir ese encuentro básico que hemos reseñado, la estrategia del freísmo se impondrá indiscutiblemente o, lo que es peor, la clase obrera y el pueblo seguirán aherrojados por la dictadura.-

Noviembre de 1978.-



Por la Unidad del Pueblo y la Clase Contra el Expansionismo y la Guerra Fratricida.

El difícil camino recorrido por las conversaciones chileno-argentinas, para tratar de resolver el diferendo suscitado por el fallo arbitral británico sobre el canal Beagle han originado una persistente campaña de opinión que presenta un conflicto armado entre ambos países como inevitables. Por sobre las intenciones diversionistas que persiguen las dictaduras en cuestión es, igualmente, real y objetivo que sus relaciones diplomáticas han experimentado un deterioro sensible. Así, independientemente del objetivo inmediato de distender presiones políticas internas, resulta indiscutible que las contradicciones entre las burguesías chilena y argentina se han agudizado y que esta situación preocupa al conjunto de los países de la región y, por cierto, también al propio imperialismo yanqui.

En el curso de los últimos años, la dictadura pinochetista ha tratado, sin faltarle habilidad, de ganar tiempo en sus negociaciones con Argentina. Maniobra que empieza a ser cazada en su propia dinámica por el vencimiento próximo de esta plaza -dos de noviembre- (1). Si un fracaso acompañase a las gestiones de la Comisión Mixta, dentro de ese plazo o en el que pudo era abrirse a posteriori, las perspectivas de un empeoramiento de la situación inexistente podría sobrepasar el precario equilibrio que ha acompañado a las negociaciones.

Pinochet y la dictadura están conscientes que su situación dista de ser óptima para enfrentar una situación política tan delicada. El crecimiento de un movimiento opositor, el desarrollo del proceso de extradición de los asesinos de Letelier y las fisuras en las fuerzas armadas son acontecimientos que están pesando en los pasos dados por el régimen. Más aún, su situación internacional no ha mejorado en lo substancial a pesar del actual aperturismo de la Cancillería, expresado -entre otros hechos- en el reciente viaje de Cubillos a China y en el rumbo diferente impreso a la posición chilena en la pasada Asamblea General de las Naciones Unidas. Como es natural, estos hechos tardarán en fructificar. Sus primeros resultados se verán, probablemente, cuando se vote la resolución sobre la situación de los derechos humanos. Pero, este posible mejoramiento no le sirve de nada para reducir la presión que representa, en la frontera norte, la insatisfecha demanda boliviana de acceso al mar. Al tiempo, el eje de la política de bloques impulsada por

la dictadura durante todos estos años evidencia en toda su magnitud sus limitaciones e inconsistencias. Brasilia, más allá de algunas manifestaciones de simpatía, no está dispuesta a romper su neutralidad ante un eventual agravamiento del conflicto. Ecuador es un débil aliado para un probable contrapeso de la histórica alianza peru-boliviana.

Las probables tendencias de desarrollo de esta situación obligan al pronunciamiento de las distintas posiciones políticas en la izquierda chilena. Algo semejante ocurre con los partidos y movimientos populares de los países involucrados más directamente en el conflicto. Algunos sectores han tendido a descalificar la realidad de la situación. Conciben los hechos como una maniobra diversionista de la dictadura o incurren en el error de atribuir a una supuesta ineficacia de los militares el surgimiento de la amenaza de guerra. Pretenden, mediante este juego, legitimar sus políticas de compromiso histórico con la burguesía recambista. Para esta concepción, las dictaduras son signo inequívoco de tendencias belicistas y, las democracias, regímenes que garantizarían de una manera casi mágica la paz. Con esta modalidad de análisis que pretende situarse por sobre la historia y la división de la sociedad en clases antagónicas, se pierde toda posibilidad de comprender la naturaleza del conflicto en cuestión y, mucho menos, de las posibilidades de extensión y permanencia que tiene el mismo.

La posibilidad de una confrontación bélica en el cono sur del continente es la expresión más clara de la maduración de nuevas condiciones de competencia entre las burguesías de la región. En este sentido, la situación es una convulsión propia de las tendencias a la reestructuración de la economía imperialista como medio de superar la crisis. Esta ha sido la causa principal del agotamiento del anterior patrón de acumulación y, con ello, de la pérdida de viabilidad de los modelos desarrollistas basados en el esquema de substitución paulatina de importaciones.

De esta manera, desaparecerían los sistemas proteccionistas de las industrias nacionales y éstas eran lanzadas violentamente a la competencia. Naturalmente, este movimiento orgánico requeriría la superexplotación del proletariado; esto es, la destrucción de sus mecanismos de organización, adecuados a la fase anterior y el establecimiento de formas dictatoriales de ejercicio del poder por las burguesías. Todo este complejo de circunstancias han hecho más enconada las rivalidades de las burguesías por apoderarse de los principales mercados de la región. Sin embargo, esta somera descripción resultaría incompleta si no se señalaran los roles directos que asumen los intereses y potencias imperialistas de la zona, pues los sectores de punta de la

reestructurada industria latinoamericana reflejan, con notable exactitud, la penetración del capital monopolístico internacional en toda ella. Obvio, este proceso no ha tenido en todos los países los mismos ritmos, ni ha hecho tan violenta la modificación del rol jugado por el estado. Los casos mexicano y venezolano, sin constituir verdaderas excepciones respecto al desarrollo de estas tendencias, constituyen una demostración histórica del hecho que las dictaduras no son una condición absolutamente necesaria para su realización. Demás está decir que los regímenes dictatoriales han hecho más fácil para las clases dominantes la empresa de someter, políticamente, al proletariado.



Por todas estas razones, si bien es cierto que las tendencias agudizadas de las contradicciones internacionales de la burguesía pueden ser aprovechadas con móviles diversionistas por las dictaduras, ellas son reales. Alcanzan a discrepancias reales que oponen los intereses de sectores del imperialismo y que tienden a reflejarse en los estados por el decisivo peso político que, en sus sistemas de dominación, tienen los sectores más expansivos de las distintas burguesías. La consideración de estos factores es básica para el análisis del carácter de clase de una eventual guerra en la zona. La calificación de guerra de agresión o de defensa nacional serían mascaradas para ocultar los verdaderos propósitos perseguidos, de no atenderse a estas cuestiones fundamentales.

Por ello, la denuncia de la real naturaleza de los intereses comprometidos en este conflicto pasa a ser una cuestión central. Por cierto, el imperialismo yanqui es pieza central en este juego. Importantes compañías petroleras como la Exxon y la Gulf atizan el conflicto. Las demás potencias del imperialismo juegan un rol similar. Pudiera ser que, en lo inmediato, la resolución armada del conflicto de hegemonía en la zona no interesase, directamente, a ninguno de los países imperialistas. La magnitud de los intereses en juego, no obstante, como las implicancias estratégicas no permiten asegurar que el imperialismo tenga el control absoluto del desarrollo de los acontecimientos ni, tampoco, que el conflicto pueda contenerse entre los actuales beligerantes.

A su vez, la URSS y la Rep. Pop. China juegan sus propias cartas Y, éstas, se inscriben en consideraciones de potencias secundarias en la región. No son ellas, en caso alguno, la defensa del

internacionalismo proletario, por más que se encubra en una fraseología revolucionaria, o en referencias superadas, los estrechos intereses nacionalistas perseguidos. Hasta el momento,

su papel se limita a apoyo político y diplomático de los principales participantes o implicados. Los soviéticos realizan un significativo - y creciente - intercambio comercial con Argentina y le brindan a la dictadura de Videla un recato de apoyo político-diplomático. El PC argentino refleja esta conducta en sus solitarios e inconsistentes esfuerzos por liberar a la dictadura de su país de la justificada imagen mundial como régimen de terror y le agradece la liquidación de los extremismos. Por su parte, la dirigencia china exhibe en toda su desnudez el contenido regresivo y chauvinista de su política de "los tres mundos" en sus relaciones con la dictadura chilena. A diferencia del caso anterior, nadie -excepto Pinochet y el Mercurio- elogia el "realismo político" del PC de China.

Se trata, entonces, de una pugna por la hegemonía política-económica de zona comprometida en el actual conflicto sureño. Por ello, una guerra de decisión rápida, que resolviera o creara - al menos - nuevas condiciones de negociación en torno a la disputa limítrofe parece improbable. De estallar, ella tendería a ser prolongada en tiempo, pues el objetivo central de la contienda es dirimir la rivalidad de mercados entre las burguesías de la zona. Esto quiere decir que, además, la guerra podría extenderse a otros países. Sin embargo, no todos los factores de poder ven en un conflicto armado la única posibilidad de reestructurar la situación de hegemonía en la región. Esta circunstancia puede imponer una solución negociada del aspecto más candente del conflicto: el de las consecuencias que se derivan del fallo arbitral.

Recordemos que esta resolución de la Corona Británica acogió la tesis chilena sobre el curso del canal Beagle. En consecuencia, las Islas Picton, Lenox y Nueva quedarían bajo dominio chileno.

A partir de ella, la situación político-militar en el vértice austral del continente se altera de manera significativa y permanente. Por lo pronto, rompería el principio que hace más de setenta años regula las relaciones entre ambas naciones. Chile pasaría a tener costas atlánticas y mejoraría posiciones en la zona; sobre todo desde el punto de vista militar. Esta situación es indmisible para el gobierno argentino, sin considerar los efectos que, sobre la diferida disputada por el arco antártico mantienen ambos contendientes.

En este aspecto, modificación del equilibrio político-militar,

se contienen elementos que harán, tarde o temprano, más dura todavía la situación entre las respectivas burguesías. Por ello, lo básico a determinar es si la burguesía chilena, más allá de sus hipócritas palabrerías pacifistas está dispuesta a abandonar, o no, sus intereses expansionistas.

Nuestro juicio al respecto, es categórico. La burguesía chilena, en su conjunto ni ninguna de sus fracciones en particular, se muestra dispuesta -salvo el caso de disuasión armada- a abandonar sus perspectivas expansionistas. La burguesía argentina, a juicio nuestro, tampoco. Y esto no porque ninguna de ellas sea nacionalista. Su ligazón orgánica con la economía imperialista, las empuja a actuar de tal forma, no se trata que las dictaduras chilena o argentina sean agencia de tal o cual trasnacional. Lo cual no excluye las posibilidades que sus per-soneros actúen como gestores de consorcios imperialistas. Lo esencial es que, aún cuando esos enlaces no existieren, la identificación de la política burguesa en ambos países no sería diferente o radicalmente distinta a la actual.

Y esto deben considerarlo todos los movimientos o partidos; en especial, los que como Montoneros argentinos se apresuran a declarar el "carácter nacional de la guerra". Con ello, están sacrificando los intereses reales de su pueblo. Ningún sector de las clases dominantes argentinas está dispuesto a renunciar a la pugna por la hegemonía subcontinental. Por esta razón, la declaración defensista nacional de Montoneros es un 4 de marzo anticipado. Al menos, los socialdemócratas colaboracionistas esperaron a que comenzase la guerra de 1914 para votar su confianza en la burguesía. Los compañeros aludidos, con Firmenich a la cabeza, prefieren extender un cheque en blanco a su burguesía. Al obrar así, por más consideraciones estratégicas o tácticas que arguyan, dan una puñalada por la espalda a los intereses revolucionarios de los obreros argentinos y chilenos.

Las posiciones defensistas se basan en la consideración unilateral del conflicto como una disputa exclusivamente limítrofe. Ocultan la vinculación que, en las circunstancias actuales, tienen las reivindicaciones de esta naturaleza con los intereses imperialistas. Y, omiten señalar, el interés del conjunto de la burguesía en la expansión territorial como medio de resolver el problema de los mercados. Estas manifestaciones defensistas le hacen el juego al reformismo obrero, en cuanto afirman una colaboración de clases. Borran, así toda frontera entre el proletariado y la burguesía. Para ello, obvio, deben presentar el conflicto como una simple disputa territorial. Por cierto, la izquierda reformista y el centrismo, como los Montoneros, no se plantean una unidad abierta con las dictaduras. Buscan ali-



arse con los sectores "recambistas" de la burguesía. Para ello ocultan el carácter esencial de la guerra. Tienden, en definitiva, toda una nebulosa sobre los verdaderos objetivos de la guerra. Con esto, plantean en esta coyuntura una política seguidista, de subordinación a la burguesía. Renuncian, así, al programa de lucha del proletariado. Ya nó a los objetivos socialistas, sino, también a sus objetivos democráticos. Con ello, quedan atrapados en un cerco de hierro que no podrá ser roto por el proletariado, pues el defensismo nacional es la manifestación presente de la política burguesa en el, seno de la clase y del proletariado.

En reacción a esta vergonzosa conducta, otros, se manifiestan por el derrotismo revolucionario. Sostienen que la guerra traerá consigo la revolución; que su desencadenamiento traerá consigo la ayuda a las fuerzas de la revolución, en la medida que acerca el derrocamiento de la dictadura. En verdad, es una manifestación inversa del defensismo nacional. No es, por ello, exactamente idéntica. Tiene diferencias declarativas importantes. Esta última posición sostiene que la integridad territorial es un objetivo que no debe interesar el absoluto al proletariado.

El error básico de esta política es que concibe la revolución como un producto mecánico de los desastres bélicos. Históricamente resulta cierto que las derrotas militares crean fuertes conmociones políticas y correlaciones de fuerzas que pueden resultar propicias para el paso a la ofensiva proletaria. Así, la revolución de octubre está firmemente ligada con la derrota de los ejércitos zaristas. El derrumbe de los imperios centrales produjo situaciones revolucionarias en Alemania y Hungría; incluso, en el último se logro instaurar una efímera república soviética. Pero, es tan cierto como lo anterior, es que tales experiencias de lucha proletaria terminaron en sendas derrotas estratégicas de la clase. Asimismo, puede señalarse que si los bolcheviques lograron romper la disciplina del ejército zarista fue por la honda incidencia que tenía en el seno de un ejército de base campesina la consigna democrática de la tierra.

De modo que las condiciones objetivas juegan un papel determinante en la justeza o incorrección de una política derrotista. En el caso del proletariado chileno debe considerarse la magnitud y permanencia de la derrota del 11 de septiembre de 1973. Hoy, cuando la reorganización de la clase obrera presenta toda vía signos de debilidad, una situación de guerra favorecería, al menos en su primera etapa, a la dictadura y al conjunto de las clases dominantes. Una represión acentuada y centrada en la vanguardia real de la clase, las posibilidades de una intervención militar directa del imperialismo en la zona, son factores que se deben considerar al plantearse una política derrotista.

Llevar las cosas a ese terreno es signo de ceguera increíble. Es apostar a la inevitabilidad de la revolución en el país derrotado. Semejante manifestación de ingenuidad llega a ser intolerable. Hoy día, en el seno del pueblo, las manifestaciones de defensismo nacional -abierta o veladas-, proliferan. Los sectores más fuertes de la izquierda, cautelosamente, renuncian a plantear el significado real de una posible guerra, para favorecer sus posibilidades de acercamiento político con la burguesía. En lo general, no ha existido todavía una situación de contraofensiva popular las masas, todavía, están en la defensiva. La mejor prueba de ello es la reciente disolución de los sindicatos decretada por la dictadura y las amañadas elecciones de fantasía posteriores. En tales condiciones, esta posición conduce al aislamiento de la vanguardia internacionalista del proletariado. Sin pretender pasar por sobre el principio que la dirección concreta la entregan los partidos y organizaciones de la clase que se encuentran en el frente, es necesario sostener -en estos momentos- los principios y una política revolucionaria. Que, en definitiva, le permitan al proletariado ganar fuerzas y construir, en los hechos, su independencia frente a la política de las clases dominantes.

Por tal razón, la propagandización en el seno de las masas sobre el verdadero carácter de la guerra es cuestión fundamental. Por lo mismo, la defensa de la necesidad de convertir una posible guerra chileno-argentina en una guerra civil revolucionaria es un principio -que nos parece correcto- porque ni desarma al proletariado al tiempo que le señala sus verdaderos enemigos. Pero, dada la complejidad de la situación, esta política requiere ser aplicable consecuentemente en todos los países y, por sobre todo, precisa la organización en el seno de la clase de toda una política revolucionaria.

Una política semejante es imposible de concebirse si no se plantea el problema fundamental como una cuestión evitable. La guerra entre Chile y Argentina no es algo que fatalmente ocurrirá.

Fórmulas tales como pedir la intervención del consejo de Seguridad de la ONU pueden tener utilidad limitada, en cuanto solo detienen las operaciones, pero, no resuelven el problema. Su utilización, por lo mismo, no puede convertirse en principio rector de nuestra política, tal como lo ha sostenido la Izquierda Cristiana chilena.

En los hechos, la paz es la construcción de una correlación de fuerzas. Correlación que se caracteriza por el fortalecimiento de las posiciones e independencia del proletariado. Sin duda, este fortalecimiento será básico para resolver la esencia de la cuestión, pues tenderá a desarrollar la lucha por las reivindicaciones clasistas del proletariado y del conjunto del pueblo. Un programa de paz no puede basarse en maniobras superestructurales; debe fundarse en la construcción de una fuerza social que se moviliza por sus propios objetivos. Y, uno de ellos, es la propia paz.

Al respecto, entender que la conducción de la guerra es una cuestión que unifica a las clases dominantes es premisa fundamental. No puede esperarse que la burguesía rompa con el eje de su política de defensa nacional, las fuerzas armadas, en condiciones como las actuales. Esto no excluye la posibilidad de desplazamientos de jefes y estados mayores. Pero, conviene a los uniformados en la columna vertebral de toda fórmula política para afrontar la coyuntura. Ello, por dos razones. El orden capitalista se basa, hoy más que nunca, en la explotación del proletariado en nuestros países. Por sobre sus diferencias en torno al destino que deba darse al excedente social apropiado en forma de plusvalía y la amplitud de los mecanismos políticos necesarios para resolver sus diferencias, las distintas fracciones de la burguesía se unifican en torno a la mantención del cuadro. Por lo mismo, no pueden prescindir de sus ejércitos. La otra, fluye nítida. El papel de los cuerpos armados en la defensa de los intereses nacionales de la burguesía durante una guerra es algo indiscutible.

En uno y otro caso, la fracción burguesa que aspira a un cambio de la situación política interna, necesita apoyar su proyecto en las fuerzas armadas de su país. Esta cuestión, sin embargo, no queda actualmente clara para el conjunto de la clase obrera y del pueblo. Muchos de ellos ven, todavía en la D.C. como una fuerza democrática, interesada en la preservación de la paz. A esta visión deformada de la realidad contribuye, de manera decisiva, la propaganda reformista y su nueva versión: el defensismo nacional. Sin que obreros y campesinos dejen de ver en la D.C. y sus aliados un factor de pacificación del país, la alternativa revolucionaria no dejará de ser

un proyecto abstracto. No basta, por tanto, con declarar inconsistentes los intereses nacionales de vastos sectores del pueblo chileno. No se puede, tampoco, menospreciar la importancia social que valores nacionalistas análogos y contrapuestos tienen sobre los movimientos populares de los demás implicados. Esto no quiere decir que debamos ubicarnos en el punto de vista de estos atrasados y seguirlos en sus posiciones de corte chauvinista. Nuestra opción es clara. Con los obreros y pueblos del Cono Sur debemos y podemos crear una alternativa de poder que aleje, primeramente, toda posibilidad de guerra y, luego, la haga innecesaria.

Esta tarea requiere dotar a los pueblos, a su vanguardia proletaria, de una sólida y firme primera fila, capaz de conducirlos y organizarlos en su lucha contra la guerra. La paz a la que aspiramos no es la ausencia de guerra externa; por lo mismo, no se construye mediante campañas de opinión, ni bajo ideología pacifista y mezquina de la desgracia que entraña el empleo de las armas. En una sociedad de clases, y lo es la nuestra, las clases dominantes no se detienen ante consideraciones de esa especie para adelantar sus objetivos. Esas concepciones pacifistas y el desarme programático del proletariado que conllevan, le han costado a nuestro pueblo decenas de miles de muertos, más de cien mil prisioneros políticos en el reciente quinquenio y alrededor de un millón de exiliados y emigrados. La clase obrera no excluye, a priori ninguna forma de lucha. Como, a la vez, tampoco se amarra a una sola de ellas. Son las propias condiciones las que hacen posible y necesario el empleo de determinadas formas de lucha. Más aún, la guerra civil - en cualquiera de sus expresiones - y la insurrección son puntos centrales en el programa de construcción de fuerza social revolucionaria, que sólo el revisionismo reformista puede abandonar. La transformación de una guerra externa en guerra civil revolucionaria es tarea central de los revolucionarios, si el desencadenamiento del desarrollo de los acontecimientos desembocara en una guerra cosureña.

Pero, lo primero, lo central, es evitar que estalle la guerra. Para ganar la paz no basta con proclamar las injusticias y toda la miseria que trae consigo las guerras. Al contrario. Se necesita de todo un bloque social que se les opongan y que tenga la fuerza política, armada, ideológica, para disuadir los intentos de la burguesía expansionista. Por esta razón, precisamente, el problema sólo puede resolverse a escala continental. Pues, se trata de derrotar a las clases dominantes en sus proyectos de expansión territorial poniendo fin a las bases sociales que generan esta situación: la superexplotación del asalariado.

En esta perspectiva se puede unir, y por sus reivindicaciones inmediatas, el grueso de las fuerzas populares de la región. La clase obrera es la única fuerza que, con consecuencia, puede encabezar esta lucha por los objetivos inmediatos del pueblo. La burguesía es incapaz no sólo por estar comprometida políticamente con sus fuerzas armadas sino por la existencia de una identidad de objetivos que le impide abjurar de sus intereses expansionistas. De allí que los sectores recambistas, de allí que los sectores recambistas de la burguesía no están dispuestos a luchar, en serio, ni por la paz ni por la democracia.

Mientras existan obreros y compañeros que prefieran, conducidos por el reformismo, unirse con militares supuestamente democráticos y patriotas, con Frei y su gavilla, antes que unirse con los obreros bolivianos, argentinos y peruanos, la contrarrevolución puede conducirnos a la guerra.

La tarea de construir una organización de los revolucionarios, sólidamente implantada en el seno de clase, es tarea más actual que nunca. Sólo la unidad de la clase obrera y del conjunto del pueblo en un frente único factibilizará la caída, el derrocamiento de la dictadura y la derrota política del conjunto de la burguesía. Esta es, pues, una tarea de alcances y contenidos internacionales. En efecto, porque la naturaleza de las contradicciones interburguesas corresponden a la de la reestructuración del imperialismo y su dominación en la zona.-

Las condiciones objetivas nos indican que en esta lucha revolucionaria debemos apoyarnos, sobre todo, en la unidad del proletariado mundial. Por ello, es vital señalar los intereses nacionalistas que guían la conducta de los países socialistas en este conflicto.

La unidad de la clase obrera y del pueblo debe ser nuestro grito de combate y nuestra práctica cotidiana. Sólo, así, podemos ganar esta guerra contra las clases dominantes.

Nuestra consigna debe ser:

NADA PARA EL IMPERIALISMO.

NADA PARA LA BURGUESIA.

POR EL PUEBLO, UNIDAD DEL PUEBLO.

noviembre 1978.-

Nota: (1)

Este artículo se escribió antes de tal fecha, Superada, se espere sobre su ampliación o búsqueda de "gobiernos amigos mediadores".

Comunicado Conjunto



Hoy, el extremo sur del continente americano se ha convertido en un centro de disputa interburguesa por la hegemonía política, militar y comercial. Allí, tras un conflicto de "soberanía territorial, gobiernos imperialistas y empresas transnacionales, junto a las burguesías de los países en disputa -Chile y Argentina- intentan resolver sus contradicciones, relacionadas con el aprovechamiento de las enormes riquezas potenciales de la región y el estratégico paso interoceánico del Canal de Beagle, a la vez que utilizan el conflicto para desviar la atención de las políticas antipopulares y represivas llevadas a cabo por los países en pugna.

Las islas disputadas en particular (Lennox, Picton y Nueva) y la zona austral del continente en general, sus mares y el casquete antártico disponen de gigantescas posibilidades energéticas e inmensos recursos marinos, aunados a una decisiva situación geopolítica. Todo ello configura un territorio cuyo control en el futuro asume una importancia estratégica.

Se hace necesario, además, enfatizar el papel de las compañías petroleras - tanto norteamericanas como europeas - que se disputan el potencial energético del Cono Sur de América, con la complicidad de las dictaduras militares, quienes utilizan el conflicto para consolidarse políticamente en el plano interno.

Durante los últimos meses, aprovechando una vieja cuestión limítrofe pendiente desde principios de siglo, las juntas militares de ambos márgenes de los Andes - an nombre propio y en consonancia con los gobiernos imperialistas - se han lanzado a una promocionada ofensiva belicista, cuyos objetivos principales son -entre otros- los siguientes:

- a) Reconponer y consolidar la unidad interna de las propias fuerzas armadas de los dos países, resquebrajada en su monolitismo como consecuencia de las presiones ejercidas por diversos sectores burgueses en el interior de cada sociedad;
- b) Buscar el desarrollo de una base social de sustentación para sus regímenes, que alcance a las masas obreras y populares, mediante el expediente de apelar a la unidad nacional -por encima de las diferenciaciones de clase- ante el argumento de una agresión externa;
- c) Ocultar el carácter represivo y antipopular de sus res-

pectivos regímenes;

- d) Distraer a la opinión pública internacional, grandes sectores de cual han puesto sus ojos en la violación de los derechos humanos en ambas naciones; y,
- e) Beneficiarse económicamente a partir de los negociados que acompañan invariablemente a la compra de armamentos en grandes cantidades, con jugosas "comisiones" que van a parar a manos de los altos oficiales militares de ambas naciones.

Esta situación y los intereses objetivos que están en juego, sumados a la irresponsabilidad proverbial de las dos juntas militares, aumentan el grado de posibilidades de que el enfrentamiento armado llege a concretarse.

De ser así, reivindicando una consigna histórica de la clase obrera mundial, se impone desplegar todos los esfuerzos posibles contra el desencadenamiento de la guerra. En caso de que ésta se declarase finalmente, por transformar el caracter del enfrentamiento interburgués en un conflicto de clase, dirigiendo las armas contra los explotadores de ambas márgenes de los Andes.

Esto hace que haya una tarea inmediata que desarrollar. En los actuales momentos se hace indispensable llevar a cabo una intensiva campaña por la paz en el Cono Sur, con el objeto de evitar que a la tragedia actual de ambos pueblos -explotados por dictaduras de idéntico signo reaccionario- se acreciente aún más con un enfrentamiento armado.

En tal sentido, los partidos y movimientos revolucionarios de Chile y Argentina y las personalidades de los países deben manifestarse ya contra la guerra interburguesa, en favor de la paz y en oposición a las dictaduras de ambas naciones.

No manifestarse en esa dirección significará asumir, aunque sea tácitamente, una actitud contraria a los intereses de los pueblos chileno y argentino y avalar, en cambio, las políticas antipopulares de las juntas.

La URSS y la República Popular China aplican una política de potencia en este conflicto. Su responsabilidad es tanto mayor cuanto apelan a los principios revolucionarios para justificar su apoyo político, económico y diplomático a los regímenes dictatoriales. Hasta ahora no hay evidencia de colaboración en el plano militar. Confiamos que ellas no se produzcan en lo futuro, pues crearían fracturas irreparables, maxime que los pueblos soviético y chino no están en condiciones de frenar los

intentos de expansión comercial y política de sus burocracias.

Los revolucionarios chilenos y argentinos no nos dejamos embaucar con el pretexto de las "soberanías en peligro". Rati- ficamos la fraternidad que une a ambos pueblos desde los co- mienzos de su historia; reivindicamos los vínculos de solida- ridad que unen a los revolucionarios de los dos países y de- nunciamos ante nuestros compatriotas y la opinión pública de todo el mundo, la maniobra belicista, reaccionaria y pro-im- perialista de los regimenes de Augusto Pinochet y Jorge R. Videla.

ARGENTINA:

- P.R.O.A.
- Círculos Comunistas Proletarios.
- Centro de Estudios Políticos Argentinos "Rodolfo Ortega Peña".
- Fuerza Obrera Socialista.

CHILE:

- Organización del Trecer Congreso Juventud Radical Revolucionaria.

Firmado, difundido y aplicado en México, América Latina, octubre de 1978.-





"El siguiente artículo fue remitido al Consejo de Redacción de Chile Lucha por una organización amiga del Perú. Se incluye en la presente edición por la importancia e interés de sus planteamientos que, sin ser compartidos a plenitud por el Consejo, constituyen un aporte valioso al conocimiento de la realidad de dicho país, las luchas y perspectivas de los hermanos revolucionarios peruanos".

Perú: Situación Actual y Alternativa Revolucionaria.

1.- Antecedentes:

Cuando en 1968 los militares, con Velasco a la cabeza, asumen el control del Estado, la sociedad peruana se debatía en una profunda crisis. El régimen belaudista que había llegado al poder seis años atrás con ayuda militar, se agotaba rápidamente. El reformismo civil de Belaúnde, que se presentó en 1963 como una alternativa y solución frente a la oligarquía, se debatía en una crisis moral, política y económica. La última alternativa civil se desmoronaba, abriendo así el paso a una solución militar, que daría posteriormente mucho que hablar.

El escándalo en la nacionalización del petróleo y la pérdida de una página de dicho contrato, permiten, la aparición de condiciones suficientes para legitimar el golpe militar del 3 de octubre de 1968. A los seis días de ascender al poder los mi-

litares nacionalizan el petróleo, iniciando un proceso de reformas y transformaciones en la sociedad peruana, tales como la Reforma Agraria, la Ley de Industrias, la nacionalización de varias empresas extranjeras, la expropiación de los diarios etc...

El proceso abierto por los militares captó rápidamente el apoyo de sectores pequeño-burgueses que creyeron encontrar en él el camino para un socialismo "nacional y autónomo", así mismo los sectores oligárquicos y ciertas capas burguesas pasaron a la oposición, acusando al gobierno de "comunista" y "totalitario", mientras que algunos sectores de la izquierda revolucionaria señalaban el carácter limitado del proceso, precisando su sello burgués y su práctica reformista.

En efecto, el régimen de Velasco, no fue como piensan algunos: un proceso revolucionario, su intención era más que nada readecuar la estructura capitalista y superar las trabas que imponía el desarrollo burgués el sistema de dominación oligárquico asentado fundamentalmente en los sectores agro-exportadores.

Si bien es cierto que el proceso velasquista eliminará gran parte de estas trabas, será generando otras como consecuencia de su propia política. Más allá de cualesquier apreciación subjetiva, que analice las intenciones de los actores políticos, los militares iniciaron a los pocos años de su ascenso, un proceso de corte corporativo que trataba fundamentalmente de desviar a las masas de su camino revolucionario. El trasfondo de esta política no fue otro que el permanente miedo del régimen a las movilizaciones populares, tal como quedará demostrado más tarde.

A través de un proyecto millonario, que se concretará en el hoy desactivado Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), el Gobierno Militar intentará penetrar al movimiento de masas. Disolviendo sindicatos campesinos, creando paralelismo en las organizaciones populares, o utilizando simplemente el terrorismo sindical, los militares intentaban la centralización compulsiva del pueblo y así mismo la creación de sectores de apoyo social. Expresión de esto va a ser la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP) creada en 1972, la Confederación Nacional Agraria (CNA) conformada en 1974 (y hoy disuelta por oponerse al régimen militar) y el Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana (SERP) establecido en 1973.

En realidad, esta política autoritaria, de centralización compulsiva y de manipulación del movimiento de masas, tendrá un rotundo fracaso. Y fracasó no solamente por el problemas internos del propio proyecto militar, v.g, el paso de la CNA a la izquierda, sino fundamentalmente por el desarrollo independiente de la clase obrera, que pasará rápidamente a ocupar un papel de vanguardia en las luchas populares, desplazando a sectores medios y pequeño-burgueses que hasta ese momento ocupaban la escena política, precipitando así una profunda crisis en la izquierda peruana y su consiguiente fragmentación. Crisis y división que hoy día está en vías de ser superada.

El fracaso de la política de masa del régimen, llevará a que ciertos sectores militares, conocidos como el grupo de "La Misión", y apoyados por Velasco, comiencen a desarrollar una abierta política reaccionaria de corte fascistoide. No es cierto, como señalan algunos, que la enfermedad de Velasco fue la que lo llevó a una posición derechista, fuera de esta explicación médica del proceso político peruano, está el fracaso de su política de masas. En efecto, esta pérdida de apoyo social y el fracaso en este campo, llevará a estos sectores militares a fomentar el terrorismo sindical, creando para este fin el Movimiento Laboral Revolucionario (MIR), organización para-militar y pro-fascista, que junto con el Partido Aprista tomarán sindicatos, a punta de cachiporra y pistolas, que serán luego reconocidos rápidamente por la autoridad de trabajo.

El último intento por ganarse bases de apoyo lo buscarán en la creación de la Organización Política de la Revolución Peruana (OPRP) que correrá la misma suerte que el proyecto anterior: el fracaso. La exclusión de Velasco de la Junta Militar en agosto de 1975 y la ausencia de una movilización popular en ese momento, fue la materialización de este fracaso, que se resume en la ausencia de apoyo de las masas populares.

11.- El Proyecto Económico:

La crisis actual que vive el pueblo peruano no es como piensan algunos, expresión del entreguismo pro-imperialista de Morales Bermúdez, si bien hay algo de cierto en esta afirmación debemos reconocer que la crisis hunde sus raíces en el propio proyecto velasquista en el plano económico y político.

El reformismo militar de Velasco al intentar dar solución a los problemas fundamentales de la sociedad peruana: el problema de la tierra, la participación de las masas en el Estado y la industrialización independiente del país, agravará por el

contrario estas contradicciones, haciéndolas más violentas y al mismo tiempo más perceptibles para las masas populares.

Las armas que empleará el régimen militar para realizar su proyecto no son otras que el fortalecimiento del Estado, la Reforma Agraria, la Ley de Industrias y una nueva forma de tratar al capital extranjero. Pero estas armas mostrarán rápidamente sus limitaciones al no modificar lo sustancial del régimen de producción capitalista: la propiedad.

En efecto, el desarrollo del aparato estatal dentro de una estrategia capitalista conlleva necesariamente la armonización de sus intereses con los de una burguesía industrial, particularmente con la más dinámica y moderna. Si bien en parte esta armonización dió frutos, tuvo también sus bemoles. Es cierto que el gobierno contó con el apoyo de los sectores monopólicos de punta, pero los sectores medios y pequeño de la burguesía industrial pasaron rápidamente a la oposición, saboteando la producción, dejando de invertir o en todo caso sacando sus capitales fuera del país. Como sabemos, los sectores medios y pequeños son los principales "contratistas" de mano de obra, en ese sentido gran parte del mercado de fuerza de trabajo descansa en la dinámica de estos sectores; una falta de inversión de estas capas, que fue lo que sucedió, genera las bases de una posterior recesión, que es lo que sucede hoy en día.

Por otra parte, el fortalecimiento del aparato estatal se basó en el gasto gubernamental vía deuda externa. Rápidamente la deuda externa crece, haciéndonos más dependientes del sistema financiero capitalista mundial. En los últimos diez años (1968-1978) la deuda ha crecido en 16, pasando de 820 millones a 8.500 millones de dólares. Para el presente año el servicio de nuestra deuda equivale al 60% de las exportaciones del país. Si bien parte de este gasto se empleó en proyectos de larga duración "distorsionando" la demanda del mercado capitalista y generando una situación potencialmente inflacionaria, que es la que hoy sufrimos - la otra parte se gastó en la compra masiva de armamentos, solamente este rublo equivale al 40% de nuestra deuda externa. Este problema económico ha determinado la ingerencia del FMI y la implementación por parte del gobierno de las conocidas recetas del Fondo que favorece directamente a los grandes monopolios imperialistas.

Por otra parte, la Reforma Agraria y la Ley de industrias, si bien permitían desarticular al bloque oligárquico, alentaron en ambos casos los productos tradicionales de exportación. El sector externo creció en importancia. El sector externo creció en importación, el caso más dramático fue el de la depredación

de la anchoveta de muestras costas donde los "deseos" de exportar más harina de pescado hicieron que esta riqueza prácticamente desapareciera. Lo mismo sucedió en el caso de la agricultura, donde los productos destinados al mercado mundial cobraron una mayor importancia, pasando a un segundo plano los artículos destinados al mercado interno. En realidad, lo que estaba en marcha era un complejo sistema de explotación de la economía campesina por parte del sector industrial y del Estado, vía sistema de precios. De otro lado, el sector minero y el petrolero se convirtieron en los mejores lugares para "ingresar" al capital extranjero en la economía nacional.

Actualmente la crisis económica que vive el Perú, es de proporciones gigantescas. El nuevo patrón de acumulación capitalista que implementaron los militares está en una crisis abso-
luta; nunca en la historia republicana de nuestra patria las clases populares han sido tan duramente golpeadas por efectos de una crisis en cuya gestación no tuvieron nada que ver. Es por ello que la crisis económica ha marcado en gran medida esta último periodo de movilizaciones populares. La única "alternativa" que le queda a la dictadura militar pro-imperialista, es abrir las puertas al capital extranjero desestatizando las pocas empresas que pasaron al sector estatal, y entrar en un proceso de monopolización taiwanización de la economía, para superar la recesión e inflación en la cual está sumergida la economía peruana.

III El Gobierno de Morales Bermudez

Este gobierno se ha caracterizado por lo siguiente:

- a) Abrir las puertas al capital imperialista vía F.M.I.
- b) Permitir el acceso de las masas burguesas al Estado ya sea a través de mecanismos de presión o por la representación directa.
- c) Reprimir al pueblo y permitir un reagrupamiento de las fuerzas reaccionarias.
- d) Dar marcha atrás en una serie de reformas emprendidas durante el velasquismo con la intención de soldar una alianza con las fuerzas burguesas.
- e) Implementar un proceso de transferencia del poder a los "civiles", particularmente el reaccionario Partido Aprista, manteniendo así el sistema de dominación burguesa.
- f) Administrar la crisis económica del sistema capitalista peruano.

En efecto, el gobierno de Morales Bermudez ha significado un cambio en el sistema de alianzas del Espado con las clases. Del gobierno de Velasco que pretendió soldar una alianza cor-

porativa con algunos sectores populares, hemos pasado al gobierno de Morales que modifica esta línea; ya no es a los sectores populares, sino a las propias clases burguesas a las que el régimen busca como soporte de su política. Esta modificación de aliados y por tanto de correlaciones de fuerza tiene sus dificultades.

La primera limitación se la impone el movimiento popular, que desde 1976 se ha lanzado a las calles a luchar por el salario y el empleo. Como respuesta a estas movilizaciones Morales Bermudez impulsó durante más de un año (1976-1977) el estado de emergencia y la suspensión de las garantías constitucionales. La línea ascendente del movimiento de masas ha determinado que este se vaya perfilando como una real alternativa de poder. Los tres paros nacionales, las semi insurrecciones populares en el interior del país y los procesos de unificación de la izquierda así lo indican. Es por ello que el gobierno militar busca rápidamente concretar la transferencia de poder a los civiles, tratando de salvar así su desgastada imagen como consecuencia de diez años de gobierno.

La segunda limitación se encuentra en el campo burgués. Hasta estos momentos los partidos de la reacción (Partido Aprista Peruano (PAP), Partido Popular Cristiano (PPC), y Acción Popular (AP)) no logran ponerse de acuerdo en cuanto a su unidad. El APRA que es el partido mayoritario en el campo de la contra-revolución ha tenido que optar frente al ascenso de masas - por una supuesta alternativa de "izquierda democrática". En realidad lo que busca el APRA es reeditar su vieja práctica populista y recapturar así la dirección de un movimiento sindical en donde es actualmente una fuerza insignificante.

La aspiración del APRA de convertirse no sólo en una alternativa electoral sino también en una alternativa más estable, lo lleva a "distanciarse" de las fuerzas ultra derechistas como AP y el PPC. El trasfondo de esta política hay que buscarla no en supuestas fracciones izquierdistas del APRA, sino en el creciente viraje a la izquierda de las masas populares y en la necesidad de éstas que tiene el APRA, para ofrecer a la burguesía una estabilidad económica y política; dicho en otros términos, el Apra se le presenta como una necesidad de primer orden penetrar en el movimiento sindical y popular y convertir



se en la fuerza política que era antiguamente.

La tercera limitación la impone la propia crisis económica, que ha polarizado rápidamente a las clases sociales, haciendo relativamente difícil una alternativa populista como busca el APRA. El régimen de Morales Bermudez, ha optado por la alternativa monoplítica imperialista frente a la crisis, lo cual podría llevar a fracturas en las capas burguesas, con el consiguiente impase para afianzar una alternativa de esta naturaleza.

IV La Izquierda y la Constituyente

Cuando el 28 de julio de 1977 la dictadura militar convoca a elecciones para una Asamblea Constituyente, lo hace en momentos de total aislamiento; el paro nacional del 19 de julio expresaba el repudio masivo a la dictadura, marcando una nueva etapa en la lucha de clases.

Si bien es cierto, que la Asamblea Constituyente representa una salida de recambio burgués a una situación de crisis del gobierno militar, también es cierto que esta salida aparece en momentos en que el movimiento de masas inicia su carrera ascendente.

Recambio burgués y ascenso de masas se presentan así como una unidad contradictoria, donde la izquierda tenía que cerrarle el paso a cualquier alternativa burguesa en ese momento. En efecto, esta fue la estrategia de la izquierda revolucionaria, particularmente de la Unidad Democrático Popular (UDP) y del Frente Obrero Campesino Estudiantil y popular (FOCEP), cuya participación en el proceso electoral no fue para hacerle el juego al parlamento burgués sino para emplearlo como tribuna de agitación y denuncia revolucionaria. El tercio obtenido por la izquierda en la votación expresa, en el plano electoral, este ascenso e izquierdización de las masas populares.

Los grupos de Izquierda

Actualmente se pueden percibir, a grandes razgos, dos tendencias al interior de la izquierda peruana. La primera que la integraría la UDP, el FOCEP y las fracciones escindidas del Partido Socialista Revolucionario (PSR-marxista leninista) y del Partido Comunista Peruano (PCP-Mayoría). La segunda estaría conformada por el Partido Comunista (pro-soviético), el Partido Socialista Revolucionario (que dirige el general (R) Leonidas Rodríguez) y la Democracia Cristiana. Si bien es cierto que hay matices en cada uno de estos bloques, creemos que esta va a ser la tendencia que la izquierda peruana va a procesar.

Fuera de esta división genérica, existen problemas específicos y concretos en cada uno de los bloques. La UDP (Frente compues

to por 14 partidos y por varios sindicatos nacionales), que hasta este momento se presenta como la más sólida alternativa de la izquierda revolucionaria (aunque a nivel electoral sólo logro el 5% de los votos) por su mejor organización y ligazón con el movimiento popular, no logra articular una respuesta orgánica a la situación actual. La heterogeneidad de su conformación así lo señala, pero junto con estos aspectos se presentan otros que nos parecen de vital importancia: los procesos de convergencia y reunificación que se están dando al interior de este frente. Partidos como Vanguardia Revolucionaria (Proletario Comunista), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (IV etapa), Partido Comunista Revolucionario (Trinchera Roja) y PSR-ML, están en un proceso de coordinación y consolidación de un bloque revolucionario marxista leninista en perspectiva a la construcción del Partido de la Clase Obrera.

El Partido Comunista pro-soviético (que obtuvo el 6% de la votación) hasta hace algunos años era la primera fuerza en el movimiento obrero, pero últimamente ha visto cuestionada su hegemonía. No solamente por la importante escisión que sufrió a principios de este año, sino también por los avances de las corrientes revolucionarias en la clase obrera, que frente a la política capituladora y revisionista del PC han comenzado a disputarle la dirección de la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP) y del movimiento en general.

El FOCEP está constituido por partidos trotskistas, personalidades independientes y un grupo maoísta. En realidad este frente presenta serios problemas en su unificación, no solamente por su heterogeneidad interna sino por su falta de organización y su poco nivel de penetración en el movimiento de masas. Si bien es cierto que esto no corresponde con el 12% que obtuvo en las últimas elecciones, pensamos que ello se debe en mayor medida a la figura de Hugo Blanco y no a la del propio FOCEP.

El PSR que dirige Leonidas Rodríguez (que obtuvo el 6% de la votación) ha pasado por una importante ruptura. Un número bastante importante de cuadros y bases se separó recientemente constituyendo el PSR-ML. El problema del PSR es su indefinición ideológica y la ausencia en sus planteamientos, de una clara estrategia de poder. Indefinición ideológica en la medida que se quedan en los estrechos marcos de un "socialismo nacional" dando así la posibilidad para que existan en el seno de este partido posiciones reformistas y/o social-demócratas.

La Democracia Cristiana (que alcanzó escasamente el 2% de la votación) si bien es incluida en términos genéricos dentro del bloque de izquierda en la Asamblea Constituyente, mantiene una

posición reformista-burguesa y de conciliación.

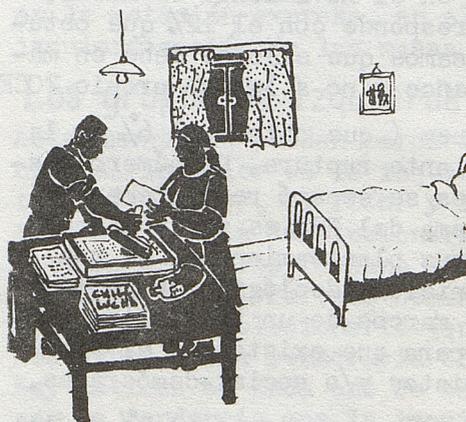
Reflexiones Finales

Lo señalado hasta aquí constituye una breve y apretada síntesis de lo que sucede en el Perú. En realidad, la situación es mucho más compleja, sobre todo en lo que se refiere al proceso de reunificación y convergencia de la izquierda revolucionaria. Somos conscientes de que nos falta mucho por andar para lograr una sólida unidad revolucionaria, pero pensamos que hacia eso vamos, no solamente por la voluntad particular de algunos partidos sino fundamentalmente por las exigencias que las propias masas nos imponen ahora.

Sabemos que el APRA será el enemigo principal, no sólo por sus pretensiones de hegemonizar el movimiento sindical sino porque se presenta como el mejor aliado de los militares y del imperialismo yanqui. El APRA para el imperialismo significa estabilidad, pero para el pueblo significa contra-revolución y corporativización de sus organizaciones. Por ello la izquierda peruana se prepara para enfrentar al APRA en todos los campos, especialmente en el movimiento sindical y popular, dejando de lado y combatiendo las posiciones reformistas y revisionistas, y enarbolando una sólida y unitaria estrategia de poder que se exprese en la lucha por un gobierno Revolucionario del Pueblo.

Juan Quispe.

Noviembre 1978.



Apoya el Financiamiento
de las Ediciones Nuevo Rumbo
Difunde "CHILE LUCHA"

"CHILE LUCHA c/o Saldias
Arkitektvägen 30 nb
161 45 BROMMA SUECIA"

FRANCIA

Pais, 29.9.78

SALA DE LA MUTUALITÉ

Estimados compañeros y compañeras franceses, latinoamericanos y chilenos:

El Comité de Apoyo a la Resistencia Popular Chilena ha llamado con ocasión de cumplirse cinco años del sangriento Golpe de Estado en nuestro país, a esta manifestación de apoyo y de solidaridad con la lucha y resistencia de nuestro pueblo.

Este miting, es también una manifestación de apoyo y de solidaridad combatiente con todos los pueblos de América Latina que hoy día luchan contra la dominación del Imperialismo, las burguesías monopólicas y los terratenientes.

Saludamos en primer lugar, al heroico pueblo nicaraguense que en el último año ha redoblado extraordinariamente su lucha armada liberadora contra la sangrienta Dictadura de Somoza !!! La rebelion de las masas populares de Nicaragua en contra de la tiranía y por el establecimiento de las libertades democraticas, es sin duda alguna, la lucha revolucionaria de las masas más significativa y aleccionaria de los últimos años en América Latina !!!

El caracter profundamente popular y la magnitud extraordinaria de la rebelion indican con claridad que más allá de ciertos reveses inmediatos los días de esa sangrienta dictadura estan contados.

- Saludamos también al pueblo peruano, cuyas luchas durante los últimos años y meses han logrado arrancar a la Dictadura algunas concesiones, como por ejemplo las elecciones a una Asamblea Constituyente.
- Saludamos al pueblo boliviano, cuyas importantes luchas y movilizaciones durante los años 76 y 77 y a comienzos de éste, obligaron a la Dictadura a llamar a elecciones para el 9 de julio pasado. Frente a la estrepitosa derrota que se iba configurando para el candidato oficialista, las FFAA (Fuerzas Armadas) irrumpen desconociendo esa realidad. Aun así no podran detener la creciente movilización, organización y combatidad del proletariado y del pueblo boliviano.
- Saludamos a los pueblos hermanos de Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Ecuador, Colombia, Venezuela y República Dominicana, que de manera general todos han conocido avances

aunque de desigual importancia, en sus luchas contra las burguesías criollas y el imperialismo durante los últimos años.

Compañeros:

Hoy día podemos afirmar que a pesar de la ofensiva imperialista en América Latina, a despecho de su intento de imponer regímenes dictatoriales en nuestro continente, a pesar de las sangrientas represiones contra las masas revolucionarias latinoamericanas durante la última década, el movimiento popular de nuestro continente comienza a protagonizar un nuevo ascenso revolucionario.

El combate sin precedente del heroico pueblo nicaraguense, las recientes movilizaciones populares en Perú, Bolivia, Santo Domingo, Ecuador, Colombia, Argentina, Brasil y Chile son ejemplos demostrativos de esa reactivación general.

Todo esto indica que más allá de los reajustes y readecuaciones de la estrategia imperialista para nuestro continente, cuya finalidad es tratar de "institucionalizar" las dictaduras para mejorar su imagen internacional y para resolver más eficazmente sus contradicciones internas, más allá de todo ello, la represión, el terror y la violencia contrarrevolucionaria continúan siendo el instrumento básico e indispensable de las clases dominantes, tanto para tratar de superar la profunda crisis que afecta a las economías dependientes de nuestros países, como para contener el avance revolucionario de las masas. Grandes Combates se Aproximan Pues en Nuestro Continente Entre La Revolución y La Contrarrevolución.

Compañeros: Nos reunimos al cumplir el quinto año de la sangrienta dictadura instaurada en Chile el 11 de Septiembre de 1973. Los partidos de la derecha chilena, incluido el freísmo demócratacristiano, las Fuerzas Armadas y el Imperialismo Norteamericano, culminaron su ofensiva contrarrevolucionaria con el más brutal golpe militar en contra del pueblo chileno.

Hoy es una verdad histórica el carácter brutal y sanguinario de la Dictadura, con su secuela de millares de compañeros muertos y encarcelados.

Cuando se habla de cambios en la Dictadura Chilena nos inquietan el que se pierda de vista la realidad concreta que vive hoy nuestro pueblo.

Ya no se trata del bombardeo de las poblaciones, sino de la muerte lenta pero segura que produce la superexplotación de los trabajadores. La represión ha ido tomando un carácter más sutil y efectivo, cientos de nuevas víctimas se agregan a la

a la larga lista de desaparecidos.

Nuestro deber de revolucionarios en el exilio, que apoyamos y nos sentimos participes de la lucha de nuestro pueblo y nuestras organizaciones en Chile, es analizar nuestra experiencia y darla a conocer a aquellas fuerzas que en todos el mundo luchan por los intereses de los trabajadores. Creemos firmemente que la lucha de nuestro pueblo es parte del proceso revolucionario que se gesta y desarrolla en latinoamerica y el mundo entero.

Estos cinco años han permitido analizar con más detención las causas de nuestro fracaso en el periodo de la Unidad Popular, así como el desarrollo de los elementos necesarios para construir un camino de victoria para nuestro pueblo.

Lamentablemente este entendimiento de nuestra realidad no es compartida por el conjunto de las fuerzas de la izquierda chilena. De ahí nuestro superior interés de difundir y discutir lo más ampliamente posible nuestros puntos de vista.

Creemos que, por el contrario, en nada ha ayudado el evitar la discusión franca y abierta.

Un primer elemento que desde el mismo año 73 hemos rechazado con fuerza, es el supuesto carácter accidental del golpe militar en Chile. Para algunos sectores de la izquierda chilena, este golpe, accidente histórico, se debe a algunos errores cometidos durante el periodo de la Unidad Popular: incapacidad de incorporar a la Democracia Cristiana, sectarismo y algunas desviaciones izquierdistas. La conclusión que sigue a este juicio es que si la izquierda logra ahora una sólida alianza con la D.C., los días de la Dictadura están contados y estaríamos en condiciones de proseguir la amplia "via democrática" hacia el socialismo.

En relación con éste criterio se ha planteado desde mucho tiempo el carácter excepcional del caso chileno. En tiempos anteriores esto se refería al profundo carácter democrático del Estado Chileno, que nos diferenciaba del resto de los países latinoamericanos. La conclusión inmediata es que una dictadura militar en Chile ésta fuera de contexto histórico.

Demasiado caro han costado en el pasado (y en el presente) estos mitos de la excepcionalidad del caso chileno y mucho daño están haciendo el mantenerlos.

Nuestra visión es que el golpe militar en Chile, lejos de ser un accidente en nuestra vida democrática, es la consecuencia



natural de un proceso de agudización de la lucha de clases en todos los planos. Desde ésta perspectiva, el golpe militar se explica como la respuesta necesaria por parte de los sectores afectados, la burguesía monopolica chilena y el imperialismo, para recomponer su dominación.

Por otra parte, si observamos la evolución de la situación de los países latinoamericanos en los últimos años y especialmente en el Cono Sur de América Latina, vemos un conjunto de regímenes dictatoriales nacidos como respuesta al auge del movimiento popular y que siguen pautas de conducta equivalentes, respetando las particularidades de cada país.

Este sólo elemento echa por tierra la idea de la excepcionalidad del caso chileno y nos muestra que nuestra lucha está indisolublemente ligada a la del resto de los países latinoamericanos. De la misma manera que nuestros enemigos coordinan su acción en el continente, la respuesta del movimiento revolucionario debe ser y será continental.

Cobran una gran importancia estas dos visiones sobre el golpe militar, por que a partir de ellas se generan formas distintas de entendimiento de la situación actual en Chile y sobre la modalidad de enfrentar la Dictadura.

Los sectores que conforman la U.P., por ejemplo a partir de la supuesta excepcionalidad del caso chileno y del carácter accidental del golpe militar han desarrollado su acción fundamentalmente hacia la búsqueda de acuerdos con la D.C. y hacia el desarrollo de un amplio frente internacional que va desde la URSS, pasando por la socialdemocracia, hasta sectores liberales de EEUU supuestamente personificados en Carter. La U.P. cree que sobre la base de estos dos elementos es posible derribar la dictadura y restaurar la democracia burguesa en Chile.

Se olvida que la democracia cristiana como expresión de una fracción de la gran burguesía chilena participó en el golpe militar y que sus intereses son por lo tanto diametralmente opuestos a los de los trabajadores chilenos. Por otra parte la U.P. pretende incluso contar con el apoyo del propio imperialismo norteamericano para destruir lo que éste ayudó a crear y que hoy sostiene en lo esencial.

No podemos olvidar que la dictadura representa en efecto un modelo político económico absolutamente funcional a los intereses del imperialismo en este período de crisis.

Desde nuestro punto de vista, de lo que se trata en cambio, es de construir una alternativa efectivamente popular, democrática

y revolucionaria, que tenga como eje a la clase obrera chilena y que este basado en la fuerza y movilización de las masas populares.

Una alternativa que aglutine y cohesione a la inmensa mayoría del país, a todos los sectores y fuerzas que combaten a la dictadura, bajo la dirección política de la clase obrera.

Una alternativa capaz de concitar una extraordinaria y vasta solidaridad internacional, especialmente de todas las fuerzas, sectores y países progresistas y revolucionarios del mundo, que en lo fundamental se apoye en las inmensas e inagotables fuerzas propias de nuestro proletariado y de nuestro pueblo.

Una alternativa que aproveche y utilice todas las contradicciones del enemigo y todas las posibilidades de desarrollo pacífico y democrático, pero sin caer en ninguna ilusión ni trampa pacifista, y sin perder de vista sobre todo, que frente a la permanente, brutal e ilimitada violencia reaccionaria y contrarrevolucionaria, nuestro pueblo debe prepararse y construir las fuerzas e instrumentos que permitan responder oportunamente con la violencia revolucionaria, especialmente en las fases más decisivas de la lucha.

Tales son, compañeros, de manera general las dos visiones, las dos líneas o caminos que hoy día se plantean y hacen su camino en el seno de la izquierda y del movimiento popular chileno.

Dos caminos: uno que impulsa la dirigencia de la U.P., de capitulación y de subordinación frente a la burguesía freísta, el camino que conduce inevitablemente hacia nuevas derrotas y fracasos.

El otro: el que comienzan a promover unitariamente las fuerzas revolucionarias chilenas, que es el único camino capaz de conducir a la victoria de las masas populares contra la dictadura contra el imperialismo y la gran burguesía criolla y avanzar ininterrumpidamente hacia el socialismo.

Compañeros: Para la U.P., la caída de la dictadura y la Apertura Democrática en Chile es cosa de semanas o meses.



Para nosotros la situación evoluciona hacia la institucionalización de la Dictadura, independientemente de que Pinochet o la Junta Militar sean reemplazados.

Hace pocos días un alto dirigente de la U.P. planteo que el obstáculo principal a cualquier salida democrática en Chile es Pinochet.

Nos parece importante destacar ésta afirmación por que ella implica una serie de juicios erróneos. Se separa a Pinochet de la Junta Militar y de las fuerzas político-económicas que lo sustentan. La simple desaparición de Pinochet sería la apertura del camino a la democracia. Automáticamente desaparece la Junta Militar, las Fuerzas Armadas retoman los principios constitucionales y el imperialismo cede al campo a las fuerzas nacionales y democráticas. En este tipo de afirmaciones hay una sobrevaloración de las contradicciones secundarias en el seno de las fuerzas que apoyan a la dictadura y del papel de la oposición burguesa.

La oposición de la D.C. a la dictadura es la protesta de un sector de la burguesía que ha sido afectado en sus intereses. En la medida que este sector es incapaz de ser una alternativa real a la dictadura hace oposición para negociar su lugar en la nueva situación. Su intención es buscar la aceleración de los plazos de institucionalización del régimen tratando de hegemonizar este proceso.

Por otra parte, las presiones de EEUU, especialmente a través del caso Letelier, buscan un cambio de imagen en la Dictadura que permita seguir salvaguardando sus intereses económicos a un menor costo de imagen política. En ningún caso se trata de desestabilizar el proyecto político económico en desarrollo.

Las medidas que ha ido tomando Pinochet: el gabinete civil, la pseudo amnistía de prisioneros políticos, el plebiscito de Enero, las actas constitucionales y los plazos de normalización democrática, son aspectos de la institucionalización de la dictadura que se da en medio de complicadas negociaciones entre los sectores sostenedores del golpe militar y Estados Unidos. En este sentido entendemos la reciente destitución del Jefe de la Fuerza Aérea Leigh, como el ajuste de cuentas con un sector minoritario en el seno del bloque hegemónico.

Dentro del marco descrito, podría producirse eventualmente la salida de Pinochet, posibilidad que no es totalmente clara; pero esto no significaría: ni la caída de la Dictadura ni mucho menos el abandono de las líneas que definen en lo



económico político la nueva forma de dominación en Chile.

No esta demás señalar, por otro lado que el nuevo modelo de acumulación impulsado por la burguesía monopolica financiera en los últimos cinco años ha tenido una aplicación extraordinariamente coherente: la transformación de la economía nacional en una economía básicamente primaria exportadora ha avanzado notablemente; la superexplotación de las masas asalariadas se ha desarrollado y profundizado en estos años con una tenacidad tan "ejemplar" como criminal, prueba de ello más del 20% de cesantia real, desnudez infantil de más de 600 mil niños; por otro lado la destrucción total de la Reforma Agraria con la consiguiente devolución descarada de predios y tierras a los latifundistas y el fortalecimiento de la gran burguesía; el desarrollo acelerado de la desnacionalización de la economía que pretende privatizar hasta los puertos y el Banco Central. A todo esto debe agregarse la ayuda norteamericana que en los últimos años se ha triplicado y, concretamente, en 1978 se entregará a Chile, una ayuda de más de mil millones de dolares.

Compañeros: para nosotros la única fuerza capaz de impedir que se consolide esa nueva forma de dominación imperialista es la propia clase obrera y el movimiento popular. De ahí que la gran tarea es la de avanzar en la organización y desarrollo de las fuerzas propias del campo popular.

Es indispensable por de pronto continuar impulsando y sosteniendo la reorganización del movimiento obrero y popular chileno y seguir luchando por la construcción de un frente antidictatorial.

La experiencia de la lucha activa en contra de la dictadura nos va mostrando el camino para construir ese frente. De la acción de los trabajadores, pobladores, estudiantes, muchas veces espontaneas y huérfanas de orientación partidaria directa, van surgiendo las nuevas formas de organización adaptadas al enfrentamiento de la dictadura.

Este tipo de organismos son rápidamente reconocidos por los sec

tores de la izquierda que se proponen la reactivación del movimiento popular como la piedra angular de la lucha activa en contra de la dictadura. Este es el origen de conceptos como los Comites de Resistencia, las comisiones Obreras, Comisiones de Fabrica, etc..

En este sentido entendemos una serie de actividades que van desde las bolsas de cesantes, comites de parientes de prisioneros políticos, grupos juveniles, etc. Todas estas iniciativas cobran una nueva dimensión cuando vemos importantes hechos que evidencian una gran reanimación del movimiento de masas.

En este marco entendemos la huelga de los trabajadores del Tiente, las protestas de los trabajadores portuarios, las manifestaciones del 1 de Mayo, la heroica huelga de hambre de los familiares de los (presos políticos) desaparecidos, las recientes acciones de los trabajadores de Chuquicamata, la huelga de la fabrica Burger, las primeras manifestaciones políticas en las universidades donde se realizan miting de apoyo a la lucha del pueblo de Nicaragua y otras acciones similares.

En un plano más global se ha dado un fuerte repudio de los trabajadores " Plan Kelly" que pretende suprimir por decreto los derechos fundamentales de los trabajadores.

A partir de todo este movimiento con distintos grados de organicidad en los diferentes sectores y aun desarticulados, se generan las bases de desarrollo del frente antidictatorial.

En este proceso están participando militantes de todos los partidos de la izquierda, sectores cristianos y las bases de la Democracia Cristiana e independientes.

En la implementación de estas tareas decisivas las fuerzas revolucionarias chilenas deben estar dispuestas a asumir todas sus responsabilidades.

Deben estar resueltas a coordinar y unificar todos sus esfuerzos para avanzar en la estructuración de la columna vertebral de ese gran frente antidictatorial, capaz de enfrentar y derrotar efectivamente a la dictadura.

Un frente que existe hoy embrionariamente y; que se expresa en el amplio movimiento de resistencia antidictatorial que se desarrolla y extiende a lo largo y ancho de nuestro país.

En este frente deben estar ciertamente todos los sectores que se oponen y luchan contra la Dictadura, incluidas las fuerzas reformistas y democratico burguesas.

Sin embargo para alcanzar realmente la victoria y consolidarla

este frente debiera estar dirigido por las fuerzas revolucionarias y antidictatoriales más consecuentes. Dicho en otras palabras, ese frente necesariamente debe estar basado en la alianza obrero campesina y debe estar dirigido por el proletariado revolucionario de nuestro país.



Precisamente para caminar hacia la edificación de ese frente antídctatorial, llamamos a todas las fuerzas que de una u otra manera combaten a la dictadura, a unir fuerzas, a unificar y a coordinar nuestras iniciativas en todos los planos, y en especial a impulsar la más estrecha acción conjunta en el terreno de la solidaridad, de la propaganda y agitación contra la dictadura. Llamamos en particular al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), a integrarse de manera plena y consecuente al campo de las fuerzas revolucionarias y a reconsiderar su política de alianzas prioritaria con las fuerzas capitulacionistas. Llamamos a los sectores que integran hoy día la U.P. a abandonar su política de subordinación frente a la burguesía freísta y a combatir realmente por la construcción de un frente antidictatorial dirigido por el proletariado revolucionario.

Compañeros: La unidad o convergencia de todas las fuerzas revolucionarias chilenas, sin sectarismo de ningún tipo, es en consecuencia una tarea central. Una convergencia, bloque o unidad revolucionaria para impulsar de manera consecuente el combate contra la dictadura, para promover principalmente desde la base la unidad más amplia de nuestro pueblo y de nuestra clase obrera; para impulsar la construcción de un amplio frente dictatorial; para enfrentar y derrotar las acciones divisionistas o sectarias de ciertas fuerzas reformistas; para crear las condiciones y preparar el camino de la futura lucha armada de todo el pueblo contra sus enemigos; para asegurar y garantizar la marcha ininterrumpida del proceso hacia el socialismo, y no hacia nuevas derrotas o sólo hacia formas de capitalismo de estado.

Porpungnamos la más estrecha unidad de todas las fuerzas revolucionarias chilenas para avanzar, para combatir a la dictadura para unir a todo el pueblo a diferencia de ciertas fuerzas reformistas que practican en cambio el divisionismo, el sectarismo y el paralelismo en el seno de las masas y del movimiento antidictatorial.

La convergencia o unidad de las fuerzas revolucionarias chilenas no sólo es indispensable, también es perfectamente posible.

Este mismo acto es una demostración de ello.

Es perfectamente posible porque los puntos u objetivos que u-

nen a las fuerzas revolucionarias son mayores y más importantes que las divergencias.

La lucha por derrocar y destruir totalmente a la dictadura y construir en su reemplazo un nuevo régimen o estado hegemónico por la clase obrera y los trabajadores de nuestro país, es por ejemplo uno de los puntos de convergencia o unidad mayores entre las fuerzas revolucionarias chilenas. Es decir a diferencia de la Dirección de la Unida Popular, ninguna fuerza revolucionaria se plantea como objetivo reemplazar la dictadura por un régimen democrático burgués ya fracasado en Chile.

Ligado estrechamente a lo anterior todas estas fuerzas luchan por instaurar un gobierno realmente revolucionario, hegemónico por el proletariado a la caída de la dictadura, y no simplemente por un gobierno supuestamente democrático controlado y vigilado por la gran burguesía criolla y por el imperialismo como lo pretenden las fuerzas reformistas. Este es otro punto de unidad o convergencia entre los revolucionarios, cuya importancia es sin duda fundamental.

El combate por unir a todos el pueblo y edificar un gran frente antidictatorial que aglutine e incorpore a todas las fuerzas que luchan de una manera contra la dictadura, que esté basado en la alianza obrero-campesina y dirigido por el proletariado, es sin duda otro de los puntos fundamentales de unidad de la izquierda revolucionaria. Todos sabemos que a diferencia de ello los sectores reformistas de la U.P. pretenden construir un frente dirigido en los hechos por las fracciones freistas de la gran burguesía.

Otra coincidencia o punto de convergencia entre los revolucionarios chilenos es sin duda la lucha por crear todas las condiciones sociales, políticas, ideológicas y militares para cuando llegue el momento oportuno, desencadenar una vasta poderosa lucha armada de todo el pueblo para responder a la violencia contrarrevolucionaria de la dictadura, de la gran burguesía y del imperialismo, y para; asegurar su derrota definitiva.

Compañeros: tales convergencias fundamentales entre varias otras, constituyen una base política extraordinariamente sólida para construir y garantizar una gran unidad entre fuerzas revolucionarias chilenas, a condición de que todos combatamos con intransigencia el sectarismo en nuestra práctica cotidiana.

A condición de que continuemos poniendo el énfasis en aquellas cosas que nos unen y que las divergencias sean resueltas a través de la lucha ideológica y fraternal.

Al cumplir cinco años del golpe contrarrevolucionario en nuestro país no sólo queremos destacar la situación que vive nuestro pueblo y las tareas unitarias de los revolucionarios chilenos.

Queremos también llamar a todos los sectores democráticos y revolucionarios de este país y sobre todo a la clase obrera y al pueblo francés, a redoblar la solidaridad internacionalista con la resistencia popular chilena.

Llamamos a impulsar una solidaridad que sin desprestigiar en ningún caso la defensa de los derechos humanos en nuestro país, este centrada en el apoyo a la lucha concreta de las masas y a sus diversas organizaciones de base tales como los Comités de Resistencia, las Comisiones de fábricas, los consejos campesinos.

Una solidaridad que beneficie de manera concreta y directa a la resistencia popular y no al servicio de las negociaciones con la burguesía freísta o con el imperialismo con vistas a un recambio controlado por estos.

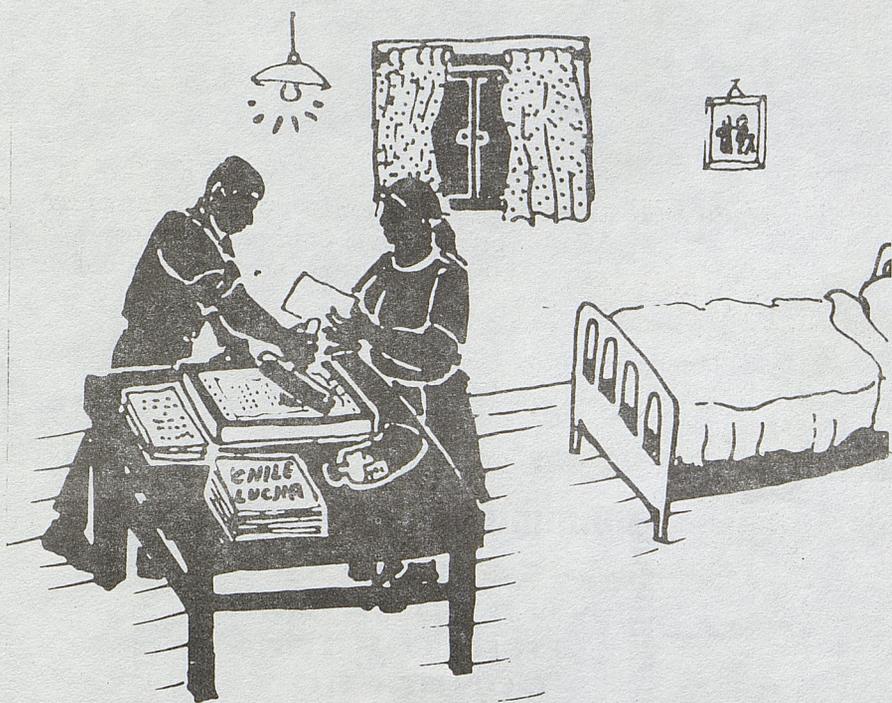
Llamamos además, a intensificar la solidaridad internacionalista con todos los pueblos que en África, Asia y América Latina luchan por su independencia nacional, por la democracia y por el socialismo, apoyándose fundamentalmente en sus propias fuerzas.

Compañeros: Hemos planteado que nuestra lucha es de dimensión continental, esto significa la necesidad concreta de apoyar y establecer estrechas relaciones con los pueblos, partidos y movimientos que combaten por la liberación nacional, la democracia y el socialismo en latinoamérica.

Queremos simbolizar nuestra determinación latinoamericanista e internacionalista haciendo un llamado a multiplicar el apoyo a la heroica lucha que libra el pueblo de nicaragua y el movimiento sandinista.

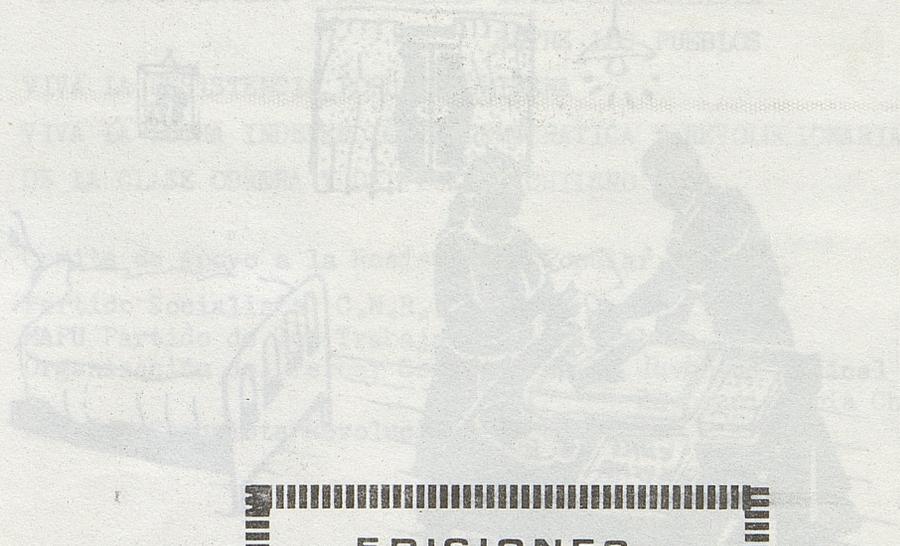
Estamos profundamente convencidos de que nuestra lucha en Chile y latinoamérica esta indisolublemente ligada al proceso revolucionario mundial que se expresa en la lucha revolucionaria de los pueblos, en función de los legítimos intereses de los trabajadores, por la liberación del yugo imperialista y por la construcción de un verdadero socialismo.





APOYA LA PRENSA REVOLUCIONARIA
DIFUNDE "CHILE LUCHA"
SUSCRIPCIONES - MATERIALES Y
DONACIONES, ENVIARLAS A:

"CHILE LUCHA c/o SALDIAS
ARKITEKTVÄGEN 30 nb
16145 BROMMA SUECIA"



**EDICIONES
NUEVO RUMBO
JRR TERCER
CONGRESO
DE CHILE**